

Milton Rossel

Vigencia de Larra

EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE



El 13 de febrero de 1901 un grupo de jóvenes escritores españoles.— José Martínez Ruiz (Azorín), Pío y Ricardo Baroja, Ignacio Alberti, Camilo Bargiela, José Flui-xá y Antonio Gil—se dirigieron al viejo cementerio madrileño de San Nicolás, donde estaba enterrado Mariano José de Larra, depositaron violetas sobre su tumba, y uno de ellos, Azorín, leyó un discurso en que, al enaltecer la memoria, de aquél, dijo: «Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra. Sincero, impetuoso, apasionado, Larra trae antes que nadie al arte la impresión íntima de la vida, y con Larra antes que con nadie llega a la literatura el personalismo conmovedor y artístico. La lengua toda se renueva bajo su pluma: usado y fatigado el viejo idioma castellano por investigadores y eruditos en el siglo XVIII, aparece vivaz y esplendoroso, pintoresco y ameno en las páginas del gran satírico». Las palabras dichas por Azorín en ese humilde y conmovedor homenaje a Fi-

garo, pueden ratificarse plenamente en el centenario de su muerte, el 13 de febrero del presente año, como afirmación de que Larra permanece actual y de que las ideas que abonaron sus artículos periodísticos están en absoluta vigencia.

Educado en Francia, vuelve Larra a España cuando su madurez intelectual alcanzaba la plenitud y con un agudizado espíritu crítico y un variado bagaje de conocimientos adquiridos en la frecuentación de los Enciclopedistas. Hijo espiritual del siglo XVIII francés, advino al mundo de las letras en plena irrupción romántica. Romántico por su actitud frente a la vida, sus ideas tienen la ordenación lógica y el condimento satírico y mordaz de un discípulo de Voltaire. De ahí que clasificar a Larra dentro de un casillero rígido, de acuerdo con la preceptiva, resulta ligereza propia de autor de manual de literatura.

Al evocar su nombre en esta fecha centenaria no lo hacemos con el fin de reiterar sus relevantes calidades literarias y de juzgarlo dentro del tiempo en que vivió, pues acerca de ello jueces competentes y autorizados han formulado ya la sentencia definitiva e inapelable. Nos preocupa ahora Larra por lo mucho de vigente que hay en sus escritos, como si fuesen de reciente data. Su espíritu se prolonga hasta el momento actual, pues al escribir sobre la España de su época, avizó el porvenir, como el vigía que desde tierra firme escruta el horizonte incógnito. Capitán de su destino, endereza su proa mar adentro, camino de lo infinito,

sorteando escollos y arrecifes, haciendo flamear la bandera de sus ideales, que las almas jóvenes siguen como una enseña. Por eso podemos repetir las palabras de Azorín, dichas treinta y seis años ha: «Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra». Como auténticos hijos de España con sus cualidades y defectos genuinos, consideramos a Larra como uno de los nuestros, máxime cuando sus críticas rebasan el localismo a que estaban destinadas, adquiriendo universalidad y trascendencia.

Dormía España en la época en que escribió Larra; dormía España en los días en que la generación del 98 le rindió el homenaje de su fervorosa admiración, y hasta el advenimiento de la República socializante, en 1931, España dormía. Ni las guerras civiles ni los pronunciamientos militares—incluso el de Primo de Rivera—lograron sacudir a España de su modorra secular. Aislada del resto de Europa, africanizándose, vivía para sí, vuelta a su fugaz pasado glorioso, entregada a un tradicionalismo enervante y a un fanatismo agresivo. Espíritus críticos y proféticos han tratado de acelerar su lento caminar, a fin de que los beneficios de la técnica y los goces del espíritu se totalicen en los diferentes estratos sociales. Feijóo en el siglo XVIII, Larra a principios del siglo XIX; Costa, Ganivet y Unamuno en la segunda mitad del mismo, Ortega y Gasset en lo que va corrido del presente, han pretendido inocularle un nuevo espíritu y un clima de mayor temperatura; pero el alma española perma-

neía inerte. Ahora con el feroz estallido revolucionario se sacude estrepitosamente, y, por sobre el dolor de la tragedia, caso que triunfen las fuerzas que defienden la constitución emanada del pueblo y la democracia que el mismo se ha dado; podrá desfilipizarse definitivamente e incorporarse al ritmo violento en que viven los demás países civilizados en un incesante afán de superación.

De España y Rusia, ha dicho un escritor, es de los países que más espera el mundo. Y Ricardo Baeza—mucho antes que Schostakovsky y con mayor espíritu científico que éste—, ha anotado la similitud psicológica que hay entre ambos pueblos al explicarse la profusa penetración de Dostoiewski en la juventud española. Pueblos asistidos de misticismo y tocados de locura, en los dos encontramos, simultáneamente, la perezosa resignación y el ímpetu revolucionario rayano en el paroxismo. Pueblos tan ricos de posibilidades como éstos, han sido subyugados por gobiernos absolutos y teocráticos, hasta que las masas en impulsos vigorosos y violentos han logrado sacudir las coronas caducas. Uno ya lo ha conseguido definitivamente; el otro aun lucha por ello.

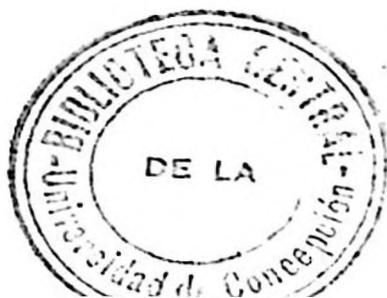
Mariano José de Larra tiene para nosotros un doble valor: por lo que significa para su época y por la vigencia de sus críticas. En Francia se empapa de las ideas de progreso en lo material y de libertad en lo espiritual con que el siglo XIX ha de enorgullecerse más tarde. Llega a España y la encuentra adormilada;

su sociedad es pacata; sus escritores, mediocres; su política, mezquina; la administración pública dominada por la burocracia perezosa y parasitaria. En todo, relajación moral, aplanamiento, favoritismo, pereza, mucha pereza. En presencia de tal situación de inferioridad espiritual y material, escarba en la realidad, ahonda en su alma multiforme, penetra en la literatura clásica, y adquiere el verdadero sentido de lo que es y ha sido España. Falsa y superficial resulta la acusación que se le ha hecho de afrancesado. La verdad es que Larra siente, conoce y comprende a su patria en su espíritu auténtico y eterno, de lo cual se desprende que Larra es más castizo, en el sentido preciso de la palabra, que aquéllos que lo motejaron de afrancesado.

En un ambiente tal, Larra no podía encontrar ubicación adecuada; por eso se nos aparece como un inadaptado y él se siente como un incomprendido. Y ello es lógico. Espíritu cultísimo, imbuido de los principios de la Enciclopedia, Larra turba el prolongado sestear de sus compatriota con sus sátiras aceradas y cáusticas. En un país vuelto hacia atrás, resulta Larra un revolucionario. Acaso el estado de ánimo que le produjo el que lo consideraran extranjero en su propia patria sin que le comprendiesen, haya sido su mayor tragedia, más que sus amores no correspondidos con doña Dolores Armijo, que determinaron su suicidio. Podríamos repetir la frase de Ortega y Gasset con que explica la

causa que motivó la muerte de Unamuno: «ha muerto del mal de España».

La labor propiamente literaria de Larra—crítica literaria, comedia y novelas—tiene un valor secundario y circunstancial si la comparamos con la crítica social que hay en sus artículos de costumbres, porque es en esto donde vemos a Larra ahondando en la psicología del pueblo español y en la realidad que lo cerca cotidianamente. Ahí cogemos las verdades que lanzó implacable contra la molicie ambiente. Y estas verdades que parecían circunscribirse a la época precisa en que Larra escribe, permanecen vigentes porque las causas que la motivaron apenas si han sufrido ligera alteración. Basta revisar el índice de alguna colección de artículos escogidos de Figaro para deducir de sus títulos la actualidad de muchos de ellos. Así, por ejemplo, «Patriotismo mal entendido», «Empleomanía», «La delicia del dulce far niente burocrático», «Vuelva Ud. mañana», «Los facciosos», «producción española», y numerosos otros cuya mención daría para una larga lista. En todos ellos satiriza en estilo sencillo sin ser vulgar, de tersa transparencia y de desenvuelta elegancia con la dignidad de un señor de auténtica prosapia, los infinitos defectos de la sociabilidad y pueblo españoles. Por ello ha sido calificado de pesimista. Acaso Larra padeció del espíritu de duda, dominante en la época romántica; pero el pesimismo de Larra surgió de la visión de la turbia realidad española de su tiempo. Y no fué en él una mera



postura espiritual para seguir la moda. Su crítica es apasionada como la de Quevedo, con el cual se hermana en espíritu, quien en presencia de la sociedad disoluta en que vivía, critica caricaturizando; de ahí su humorismo. Larra critica castigando; de ahí su sátira. Un mismo punto de vista para enfocar idéntico problema y distinta manera de vulnerar.

Como crítico literario, conviene subrayar el juicio que subscribió acerca de Balzac, el cual ningún crítico de hoy en día se negaría a refrendar. «Pero el genio infatigable—escribió Larra—que, como escritor de costumbres, no dudaremos de poner a la cabeza de los demás, es Balzac. después de admirado el cual, pues no puede ser leído sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero también de ilusiones verdaderas y, por consiguiente, desdichada, asquerosa a veces y despreciable y, por desgracia, ¡cuán pocas veces ridícula! Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedía el paso, arañándose a veces para abrir camino, y ha llegado a su confín para ver asomado allí, ¿qué?: un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada».

A través de este juicio de carácter literario, vemos que en Larra es preocupación fundamental al juzgar un libro o autor, extraer el sentido social que la obra lleva implícitamente contenido. La producción literaria pura no tiene para él mayor significación si no está animada

de un soplo vital que la haga trascender más allá de la mera recreación. Un nuevo aspecto de Larra que nos lo acerca más a nuestro espíritu y reitera nuestra ya repetida apreciación de su vigencia. Cuando habla Larra de la poca o ninguna cotización que tiene en Madrid el escritor, diciendo que escribir en Madrid es llorar, diríase que éste su juicio permanece inalterable a través de los cien años en que fué formulado: de tal manera las cosas siguen iguales a los días en que escribió Larra.

Tan vigente consideramos el punto de vista en que se coloca Larra al apreciar una obra literaria, como el profundo amor que sentía por la libertad y su desprecio por la censura. El culto de la libertad es hoy más que nunca una aspiración pertinaz, porque la libertad es aherrojada o se trata de limitarla, con mengua del espíritu, en la mayoría de los países sean regímenes democráticos o tiranías disimuladas.

De lo dicho acerca de Larra pudiera desprenderse que era un espíritu negativo, amigo de la sátira violenta, con fin demoledor, de la destrucción estéril sin ánimo de edificar. Mas escuchamos en Larra conjuntamente con la palabra incisiva de la voz animosa y esperanzada. Clama por hombres nuevos para cosas nuevas, como detesta a los viejos de espíritu, a los viejos de corazón; desea también para los tiempos turbulentos, hombres fuertes, sobre todo en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía. Y este escritor que deseaba tal cosa para su patria en-

mohecida, rutinaria y fanática, no puede ser ni pesimista, un renegado, un antipatriota, calificativos que le propinaron los hombres de orden que entonces pretendían restringir la libre expresión de su pensamiento. Quisieron disminuir, sin lograrlo, a quien honró su tiempo con su pluma y exaltó las virtudes vitales con la execración de las pasiones enconadas, sordas y mezquina, suscitando inquietudes en la somnolienta sociedad española.

En el centenario de la muerte de Mariano José de Larra, el mejor homenaje que se puede rendir a su memoria en estos días en que las dos Españas de que habla Figueiredo se disputan sangrientamente la supremacía; es extraer el contenido actual y vigente que hay en sus artículos y hacer destacar, señero, su nombre y acatar su crítica en cuanto ella significa un impulso hacia un destino superior, como lo hicieron los de la generación del 98 al unirlo su espíritu tutelar.